

LOS PECADOS DE LA LENGUA.

PASTORAL

QUE EL

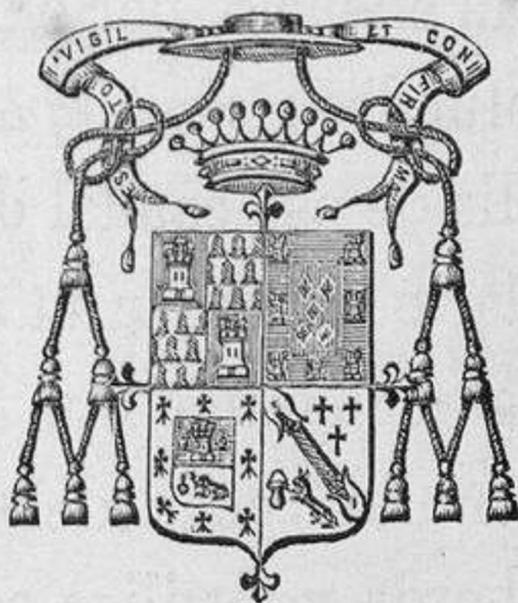
RMO. SR. OBISPO DE OVIEDO

DIRIGE AL

CLERO Y FIELES DE SU DIÓCESIS

CON MOTIVO DEL

TIEMPO DE ADVIENTO.



OVIEDO

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE ADOLFO BRID

Canónica, 18.—Teléfono, 111.

1895

NOS EL DOCTOR D. FR. RAMÓN MARTÍNEZ VIGIL,

DE LA ORDEN DE PREDICADORES, POR LA GRACIA DE DIOS Y DE LA SANTA SEDE APOSTÓLICA, OBISPO DE OVIEDO, CONDE DE NOREÑA, PRELADO DOMÉSTICO DE SU SANTIDAD Y ASISTENTE AL SAGRADO SOLIO PONTIFICIO, NOBLE ROMANO, CABALLERO GRAN CRUZ DE LA REAL ORDEN DE ISABEL LA CATÓLICA, ACADÉMICO DE LA DE SANTO TOMÁS DE AQUINO DE ROMA Y DE OTRAS SOCIEDADES LITERARIAS, EX-SENADOR DEL REINO, DEL CONSEJO DE SU MAJESTAD, etc.

AL VENERABLE DEAN Y CABILDO DE NUESTRA BASILICA CATEDRAL,
al Cabildo de la Real Colegiata de Covadonga, á los Vicarios,
Arciprestes, Párrocos y demás Clero, á las Comunidades religiosas
y á todos los fieles de nuestra Diócesis,

SALUD Y GRACIA EN NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO, Y CELO POR LA SALUD
DE LAS ALMAS Y POR LA PROPIA SANTIFICACIÓN.

Mors et vita in manu linguæ.

La muerte y la vida están en poder de la lengua.

PROV., XVIII, 21.

I.

CASI siempre es la lengua el principio de la muerte del alma ⁽¹⁾, por cuya razón nos enseña el Espíritu Santo, que en su poder están la muerte y

(1) Mortis initium fere ostium lingua est.—CHRYS., *Psalm.*
160.

la vida . Dicen los fisiólogos que la humana generación empieza por el corazón y se termina en aquel pequeño miembro ; y añaden los doctores ascéticos que en la regeneración espiritual también se perfeccionan antes el corazón y la voluntad que la palabra y su órgano ; y advierten aún, que quien desee morir espiritualmente al pecado, por la lengua ha de comenzar , por donde comienzan asimismo los primeros síntomas de la muerte corporal . Por eso , sin duda , interrogado el filósofo escita Anacarsis , cuál era lo óptimo y lo pésimo en el hombre , respondió : la lengua ⁽¹⁾ ; é invitado Bías , uno de las siete sabios de Grecia , por el rey de Egipto Amasis , para que le señalara la parte más selecta de una víctima , amputó la lengua de ésta , y la remitió al monarca . ⁽²⁾

Es ciertamente la lengua el órgano más hermoso del hombre , mediante el cual comunicamos con nuestros semejantes , y mantenemos con ellos relaciones , necesarias por una parte , y llenas de encanto y de dulzura por otra . Es una especie de teclado de la inteligencia y del corazón , por el cual el alma da á conocer sus ideas y sus sentimientos , y hace sentir notas llenas de armonía , de ternura , de dulzura y de fuerza , que irradian

(1) LAERCIO.—Lib. 2, c. 9.

(2) PLUTARCO.—*De loquacitate*.

su propia vida y atraen y encantan á otras almas. *La flauta y el salterio causan dulce melodía, mas la lengua suave es superior á entrambas cosas* ⁽¹⁾. Porque si del corazón arrancan los grandes pensamientos, los sentimientos generosos, las santas y saludables inspiraciones: ¿quién duda, que solamente por la lengua, escrita ó hablada, llegan al conocimiento de nuestros hermanos para comunicarles brillantes iluminaciones y nobles y fecundos entusiasmos? ¡Feliz el hombre dotado de viva inteligencia, de corazón enardecido por llama celestial, y cuya lengua es instrumento dócil y fiel de tan nobles cualidades! Se le acomodarán justamente las siguientes palabras de la Escritura: *Vena de vida es la boca del justo; en los labios del sabio se halla la sabiduría; y la difundirán como una semilla* ⁽²⁾.

Mas ¡ay! que toda medalla tiene su revés; y la lengua es para muchos el órgano activo del mal y de la mentira, la canal por donde el corazón vierte todas sus inmundicias; el intérprete de todas las malas pasiones, del orgullo, del odio, de la envidia, de la venganza y de la impureza; ó, cuan-

(1) Tibiæ et psalterium suavem faciunt melodiam, et super utraque lingua suavis.—*Eccli.*, XL, 21.

(2) Vena vitæ os justis; in labiis sapientis invenitur sapientia: labia sapientium disseminabunt scientiam.—*Prov.*, X, 11, 13; XV, 7.

do menos, liviana cítola, perpetuamente movida por el soplo de un espíritu ligero, inconstante y ganoso de exhibiciones y de aplausos.

Estos dos efectos de la lengua fueron bosquejados de mano maestra por el apóstol Santiago, en su Epístola Canónica. Sus palabras, divinamente inspiradas, forman un cuadro veraz y severo, y son un programa de paz y de concordia para las familias y la sociedad. Oidlas, amados hijos nuestros, porque ellas serán la base de esta Carta Pastoral: « Hermanos míos, todos tropezamos en muchas cosas. Si alguno no tropieza en palabras, este tal *se puede decir que es varón perfecto; y que puede tener á raya todo el cuerpo y sus pasiones*. Así como si metemos un freno en la boca de los caballos para que nos obedezcan, movemos su cuerpo á donde quiera. Mirad también como las naves, aunque sean grandes y estén llevadas de impetuosos vientos, con un pequeño timón se mueven acá y allá donde quiere el impulso del piloto. Así también la lengua es un miembro pequeño, sí, pero viene á ser origen fastuoso de cosas de gran bulto ó consecuencia. ¡Mirad un poco de fuego cuán grande bosque incendia! La lengua también es un fuego, es un mundo entero de maldad. La lengua es uno de nuestros miembros que contamina todo el cuerpo, y siendo inflamada del fuego infernal, inflama la rueda *de toda la carrera* de nuestra vida.

El hecho es, que toda especie de bestias, de aves y de serpientes, y de otros animales, se amansan y han sido domados por la naturaleza del hombre; mas la lengua ningún hombre puede domarla: ella es un mal que no puede atajarse, y está llena de mortal veneno. Con ella bendecimos á Dios Padre, y con la misma maldecimos á los hombres, los cuales son formados á semejanza de Dios. De una misma boca sale la bendición y la maldición. No han de ir así las cosas, hermanos míos. ¿Acaso una misma fuente echa por el mismo caño agua dulce y agua amarga? ¿O puede, hermanos míos, una higuera producir uvas y la vid higos? Tampoco la fuente salada puede dar el agua dulce. ¿Hay entre vosotros alguno *tenido por* sabio, y bien amaestrado *para instruir á otros*? Muestre por el buen porte su proceder y una sabiduría llena de dulzura. Mas si tenéis un celo amargo, y el espíritu de discordia en vuestros corazones; no hay para qué gloriaros y levantar mentiras contra la verdad: que esta sabiduría no es la que desciende de arriba, sinó más bien una sabiduría terrena, animal y diabólica. Porque donde hay tal celo ó *envidia y espíritu* de discordia, allí reina el desorden y todo género de vicios. Al contrario, la sabiduría que desciende de arriba, además de ser *honest*a y llena de pudor, es pacífica, modesta, dócil, *susceptible* ó concorde con *todo* lo bueno,

llena de misericordia y de excelentes frutos de *buenas obras*, que no se mete á juzgar, y está ajena de hipocresía. Y es que los pacíficos son los que siembran en paz los frutos de la *verdadera* justicia ó santidad». ⁽¹⁾

Comentario de las anteriores palabras del apóstol Santiago será la presente Carta Pastoral, en la cual expondremos sencillamente, primero el buen uso que se debe hacer de la lengua, y luego los pecados que con la misma se cometen, y las pasiones de donde proceden, cuales son: el orgullo, la envidia, el odio, la venganza y la ligereza de carácter. A Dios plegue, amados hijos nuestros, dirigir nuestro pensamiento y nuestra pluma, para que esta palabra escrita sea palabra de vida, que nos infunda deseos eficaces de santificación, mediante la disciplina de la lengua, ya que *es varón perfecto el que no tropieza en palabras* ⁽²⁾.

II.

GRANDE es el poder y el prestigio y la excelencia de la palabra, y asombrosos y benéficos los

(1) JACOBI, III.

(2) Si quis in verbo non offendit; hic perfectus est vir.— JACOB., III, 2.

efectos que en todo tiempo ha producido. San Atanasio llega á llamarla imagen del Verbo Hijo de Dios ⁽¹⁾. Hay ciertamente una Palabra eterna é infinita con la cual Dios se dice á sí mismo los esplendores de su sér divino; de ella y de la fuente de la divinidad procede el Amor infinito. Arrojada esa Palabra por el Padre en los abismos de la nada, produjo la creación, manifestación externa de Dios, imagen incompleta de sus maravillas inagotables, reflejo parcial del Verbo eterno. Imagen el hombre de Dios tiene también su verbo, su palabra interior, engendrada en el santuario del alma, con la cual se da cuenta de la grandeza de su origen, contempla sus concepciones y medita las bellezas del mundo exterior. Sale luego de sí mismo, por un acto comparable al del Eterno en el día de la creación; habla, es decir, produce exteriormente lo que se ocultaba en las profundidades de su sér; y si su pensamiento es elevado y noble y henchido de sentimientos generosos, fluye la palabra cual onda luminosa y vivificante, esmaltada de colores que se suceden en espléndida variedad; y con esa palabra arrebatada á un auditorio, y lanza á un ejército por la senda de la victoria, ó promulga leyes para luz y fortaleza de un pue-

(1) Verbum nostrum est imago Verbi qui Dei est Filius.—
Orat. II, contra Arianos, núm. 73.

blo. ¿De dónde le viene esa fuerza á la palabra? De la elevación de su punto de partida. Produce tan prodigiosos efectos—dice San Gregorio Niseno—porque cae de la altura de los cielos, porque es recuerdo y figura del Verbo de Dios ⁽¹⁾.

Sólo el hombre, entre las criaturas de este mundo, está dotado del don de la palabra; porque sólo el hombre fué hecho á imagen de Dios según su palabra ó verbo interior, y á semejanza del Verbo encarnado, según su palabra vocal ó externa. Los animales carecen de esa facultad maravillosa, y sólo producen sonidos inarticulados en relación y en armonía con sus instintos ciegos y sus necesidades materiales, porque, careciendo de ideas universales é inmateriales, carecen igualmente del verbo interior, que es causa y fin de la palabra hablada ⁽²⁾; porque no fueron hechos á imagen y semejanza de Dios.

¡Privilegio singular de la criatura inteligente y libre! Semejanza de la generación eterna del Verbo en sus conceptos mentales, y semejanza de su generación temporal en seno de María en la

(1) Vide enim quanta qualiaque sint verbi, in figuram Dei Verbi, in mundo præclara facinora.—GREGORII NYSSENI.—Opera, tom. II, col. 94.—Paris, 1605.—Epist. ad Theophilum, *De eo quid sit*.

(2) Verbum mentis est causa efficiens verbi vocalis et finis ejus.—DIVUS THOMAS, *De Veritate*, q. 4, I. C.

expresión exterior de esos mismos conceptos ⁽¹⁾, ¡con cuánta delicadeza y santidad debe emplear ese celeste don que así le aproxima á su Creador! ¿Por qué habrá de abusar de esa noble facultad que del bruto lo distingue? Porque abusa de todo: del ingenio, de la fuerza, de la imaginación y de la belleza. No importa: *los dones de Dios son inmutables* ⁽²⁾. No se deja el Señor vencer en la efusión de sus gracias por la previsión de los abusos, y conserva á la naturaleza humana el ingenio, la fuerza, la imaginación y la belleza, que son reflejos de las divinas perfecciones, no obstante los excesos del libre albedrío. La palabra, puesta por el hombre al servicio de la mentira, del error y de la iniquidad, profanada hasta la prostitución, es un don divino, cuya nobleza original y hermosura nativa no son bastante á destruir ó empañar las más pecaminosas aplicaciones que de ella se hagan. Y entre los variados y arrebatadores espectáculos que la naturaleza ofrece, apenas le hay más sublime que el de la palabra, que brota, como torrente de luz, de un corazón noble, de una

(1) Verbum Dei, secundum generationem æternam, assimilatur verbo mentali, sed secundum generationem temporalem, id est, secundum incarnationem, assimilatur verbo vocali.—
DIV. THOMAS, *Sentent.* I, D. II, 1 4.^m

(2) Sine pænitentia enim sunt dona et vocatio Dei.—
Rom., XI, 29.

alma divinizada, que juega libremente con las cadencias más armoniosas, que descubre tesoros escondidos y apenas soñados, que abre ante nuestra vista horizontes desconocidos, y que nos mece con la contemplación más placentera de que el hombre puede gozar en este mundo, con la contemplación de la verdad y la belleza, revestidas de formas divinas.

La palabra armoniosa y llena de sabiduría figura entre los grandes encantos de la vida. Sin ella no podría el hombre comunicar sus pensamientos, ni sus afectos, ni sus deseos, y la vida semejaría á un inmenso desierto, donde sólo se oyerá el ruido del viento que deseca y el rugir de la tempestad que brama en el horizonte; una vida sin relaciones, una muerte anticipada, la muerte intelectual y moral. La palabra es como una proyección luminosa entre dos inteligencias; una corriente de vida entre espíritus que se comprenden; el eco que repercute nuestros pensamientos en la región de los seres que piensan; la vara mágica que hace brotar manantiales de agua viva; la que improvisa frondosos y frescos oasis en las inmensas llanuras, tristes y monótonas de nuestra existencia. La piedad cristiana autoriza y promueve esas relaciones llenas de dulzura, que siembran en la senda de la vida placeres del cielo; porque ve en ellas un medio eficaz de perfeccionar las almas,

de educar los corazones, de propagar las ideas cristianas, y de sembrar algunas flores en este campo de la vida, desnudo y árido como un desierto. Oid, en confirmación de estos pensamientos, cómo se expresa la Sagrada Escritura. *Las palabras de la boca del sabio salen llenas de gracia* ⁽¹⁾; *Acreditase el sabio con su hablar* ⁽²⁾; *El corazón del sabio amaestrará su lengua, y añadirá gracia á sus labios; son un panal de miel las palabras elegantes, dulzura del alma y vigor de los huesos* ⁽³⁾; *¿No conoces tú que la palabra vale más que el don?* ⁽⁴⁾ ¡Cuántos encantos y cuánta dicha difunde en la vida la religión bien practicada! Es indudable que la piedad impone reservas y cierta gravedad en nuestra existencia, pues grave y reservada ha de ser en todo tiempo la vida racional; mas al lado de esa gravedad aconseja la gracia, la amenidad y la manifestación de una virtud amable, que es uno de los caracteres del varón prudente, según anuncia el Espíritu Santo: *La lengua graciosa vale mucho en un hombre virtuoso* ⁽⁵⁾, porque *hácese amable el sabio*

(1) Verba oris sapientis gratia.—*Eccles.*, X, 12.

(2) Sapiens in verbis producit se ipsum.—*Eccli.*, XX, 29.

(3) Cor sapientis erudiet eos ejus; et labiis ejus addit gratiam. Fabus mellis composita verba, dulcedo animæ sanitas ossium.—*Prov.*, XVI. 23, 24.

(4) Nonne ecce verbum super datum bonum? —*Ecclesiastici*, XVIII, 17.

(5) Lingua eucharis in bono homine abundat.—*Eccli.*, VI, 5.

con su conversación ⁽¹⁾. Lo cual quiere decir, que si la piedad conoce todos los excesos que el hombre comete con la palabra, conoce también y preconiza su belleza y armonía y las preciosas ventajas de ese don inestimable.

Por eso dice aún la Sagrada Escritura que *la lengua de los sabios acarrea la salud* ⁽²⁾, y que *la lengua pacífica es árbol de vida* ⁽³⁾, sin duda porque para nuestros sufrimientos morales, para esas llagas del corazón que hondamente perturban nuestro sér, no encontramos lenitivo más eficaz que las gotas de un corazón amante que caen en nuestras heridas como elixir de vida. Esas palabras de compasión dictadas por el amor de un amigo fiel penetran como un bálsamo en las fibras más recónditas de nuestro organismo y alivian nuestras penas, porque las palabras de *un amigo fiel son bálsamo de vida y de inmortalidad* ⁽⁴⁾, y con los buenos consejos del amigo se baña el alma en dulzura ⁽⁵⁾. Añade el mismo texto sagrado, que una buena palabra, una palabra dicha en tiempo oportuno, es

(1) Sapiens in verbis seipsum amabilem facit. *Eccli.*, XX, 13

(2) Lingua sapientium sanitas est.—*Prov.*, XII, 18.

(3) Lingua placabilis lignum vitæ.—*Id.*, XV, 4.

(4) Amicus fidelis medicamentum vitæ et immortalitatis.—*Eccli.*, VI, 16.

(5) Bonis amici consiliis anima dulcoratur.—*Proverbior.* XXVII, 9.

como *quien da al amigo un beso afectuoso*; ⁽¹⁾ porque hay, en efecto, palabras que brotan del corazón llenas de calor y de vida, como la efusión de un sér que se comunica é intenta transmitir á otro la electricidad de su propia vida. ¿No habéis sabido de almas convertidas con una sola palabra, levantadas y puestas resueltamente en el camino del bien? Pues débese á que esa palabra es como el abrazo de una alma abrasada y que lleva en sí misma provisión de luz y de calor. Débese á que esa palabra, sobre todo cuando sale del corazón de un santo, participa del poder y de la energía fecunda del Verbo, la palabra infinita que sembró la vida en la nada y depositó los gérmenes del bien en los campos estériles del caos.

¡Dichoso el hombre que encuentra un amigo en cuyo seno se alberguen esos gérmenes de virtud y de inmortalidad! Bien puede gloriarse de haber descubierto un tesoro, pues *como las aguas profundas son los designios en el corazón de un hombre; mas el varón sabio los llegará á conocer*. ⁽²⁾ Sí, semejantes á pozos profundos son esos amigos, los mejores de los hombres, los más adictos, los

(1) Labia deosculabitur qui recta verba respondit.—*Proverbior*, XXIV, 26.

(2) Sicut aqua profunda, sic consilium in corde viri, sed homo sapiens exhauriet illud.—*Prov.*, XX, 5.

más esclarecidos, que no se exhiben fácilmente; distintos de las naturalezas superficiales y ligeras, hablistanes sempiternos, pródigos de máximas morales aplicadas á tuerto y á derecho. Hombres superiores aquellos de palabra sencilla, mesurada, veraz y profunda, se ocultan en la sombra, como los nidos de pájaros canoros siempre escondidos en la espesura de las ramas; y allí los encuentra el alma recta y pura, dotada de tacto exquisito para descubrir esas naturalezas inteligentes y superiores que le comuniquen la luz divina y sacien su sed ardiente de perfección, embriagándola con las aguas de la gracia celestial; los encuentra y los conoce por la calma y placidez de su carácter, por sus hábitos de silencio, por el tranquilo correr de sus aguas profundas: *sicut aqua profunda*; ⁽¹⁾ y se sienta á la orilla de ese caudal divino, y al interrogarlo, al sondarlo, al bañar su alma en esa límpida corriente, el manantial que como agua profunda reposaba en las venas del varón discreto, se levanta y desborda y fertiliza como torrente de sabiduría á las almas ganosas de la ciencia del cielo.

(1) *Aqua profunda verba ex ore viri, et torrens redundans fons sapientiæ.—Prov., XVIII, 2.*

XXX.

MAS ¿por qué no es siempre así? ¿Por qué esa lengua, manantial de vida, y simiente de verdad ⁽¹⁾ se pervierte hasta llegar á ser el órgano del mal y de la mentira? Una triste observación nos hace ver, que para algunos la lengua es la canal por donde vierte el corazón todas sus inmundicias; el intérprete de todas las pasiones humanas, del orgullo, del odio, de la envidia, de la venganza y de la impureza; para otros una especie de taravilla perpetuamente movida por el soplo de un espíritu ligero, inconstante, y siempre á caza de vanos aplausos. ¡La lengua! El más débil de nuestros órganos, dice el Apóstol ⁽²⁾, y el más terrible de todos; una chispa, pero una chispa que incendia las familias y las ciudades. Examinémosla bajo este nuevo y peligroso aspecto, amados hijos nuestros, en la seguridad de que hallaremos todos mu-

(1) *Prov.*, X, 11, XV, 7.

(2) *Lingua modicum quidem membrum est, et magna exaltat. Ecce quantus ignis quam magnam silvam incendit!—JACOBI, III, 5.*

cho que corregir, para perfección de nuestra alma y hasta para la temporal tranquilidad.

Por de pronto nos advierte el Espíritu Santo que: *en el mucho hablar no faltará pecado* ⁽¹⁾. ¡Cuán innumerables son los pecados de la lengua y cuántos extragos causan en el mundo! Se beben como agua esos pecados, y lo que es más de llorar, hasta las personas que se creen piadosas delinquen en esta materia con tanta licencia como las que se reputan mundanas. Oran, visitan los pobres, comulgan, y tras de desollar al prójimo con esa misma lengua do reposó horas antes el Dios de toda santidad, dicen, *limpiándose la boca: yo no he cometido mal alguno* ⁽²⁾. Almas doblemente ilusionadas, que recibirán del Señor doble castigo ⁽³⁾.

«Donde no hay moderación en la lengua, no hay perfección en la vida», dice San Alberto Magno ⁽⁴⁾. «Aunque álguien, añade San Valerio, fortalezca su vida con la fe, la regule con la ciencia, y la illustre con la sobriedad y la castidad, no se hará respetable ni querido, si solamente la lengua permanece indisciplinada». ⁽⁵⁾ Y San Agustín afir-

(1) In multiloquio non deerit peccatum. —*Prov.*, X, 19.

(2) Tergens os suum, dicit: non sum operata malum. —*Prov.*, XXX, 20.

(3) Duplici contritione contere eos. —*JEREM.*, XVII, 18.

(4) *De Paradiso animæ*, part. I.

(5) *Homil.* II, de *Arcta vita*.

ma que «la lengua es peligrosísima, causa duelos, promueve las discordias, y esparce el veneno de la traición y de la calumnia». ⁽¹⁾ «El pecado de la lengua es muy común entre los hombres, concluye San Basilio, y reviste formas muy variadas». ⁽²⁾ Estas y otras autoridades, que sería facilísimo aducir, deben darnos la voz de alerta, y hacernos vigilantes y solícitos, á fin de no desvirtuar una vida quizás llena de méritos, dejándonos llevar de la impetuosidad de la lengua. Hagamos algunas aplicaciones.

Existe en el fondo de nuestro corazón cierto orgullo secreto que nos excita á hablar continuamente de nosotros mismos, de nuestros méritos verdaderos, supuestos ó exagerados; y pareciéndonos que los demás no los aprecian bastante, nos resolvemos á desagraviar nuestra propia vanidad, convirtiéndonos en abogados y en defensores de nuestra causa con un talento, sinó notable, notado. De ahí proceden palabras tan contrarias á la verdad como á la humildad, narraciones llenas de jactancia, insinuaciones más ó menos necias, la predisposición á rebajar ó á denigrar á los demás, palabras que, sin parar mientes en ellas, hieren al prójimo y hieren al mismo tiempo la

(1) *Sermo II ad Fratres in Eremo.*

(2) *In Psalm. XXX, tom. I, pág. 374.*

verdad, la modestia y los preceptos religiosos. Y cuando no podemos alabarnos directamente, sin que el amor propio se ponga demasiado en relieve ó se haga notoriamente visible á las miradas de los menos lince, maniobramos con habilidad suma para conseguir que nos alaben otros, y si es posible los presentes. Cierto que la táctica es conocida, pero al fin, unos por complacencia y otros por compasión, improvisan alguna de esas lisonjas ridículas y necias, cuyo alcance no se calcula, sin perjuicio de reirse en nuestra ausencia del aire de convicción con que recibimos el incienso. Tal es el retrato del mundo, donde la mitad del género humano se ríe de la otra mitad, y viceversa.

Oigamos, en contraposición, los consejos de la fe. La verdadera piedad nos aconseja á meditar frecuentemente sobre nuestras miserias y nuestras debilidades; y sin que sea su objeto el de sumirnos en la tristeza ó en el abatimiento, nos enseña á desconfiar profundamente de nosotros mismos, á conocer nuestras faltas, á emplear medios conducentes á su corrección, á tomar consejo de hombres prudentes, y á tomarlo de manera, que ellos se convenzan de que deseamos conocer la verdad. Tras de algunos meses ó algunos años de este trabajo asiduo se llega á quebrantar el orgullo, sinó á desarraigarlo, y se amputan cada día algunos de sus renuevos. Ya no nos veremos ten-

tados á hablar, ó á desear que otros hablen constantemente de nosotros, ni á creernos el centro obligado de todas las conversaciones, ni á cubrir de ridículo, de desdén y de descrédito á las personas que nos desagradan, porque, sin darnos de ello cuenta, nos ofuscan y son obstáculo á nuestras vanas pretensiones; porque sabido es, que los pecados de la lengua, los ataques graves ó leves contra el prójimo, no tienen otra explicación que nuestra vanidad herida, ó el amor propio que aspira á levantarse sobre las ruinas de todo lo que le hace sombra. Siguiendo los consejos de la fe evitaremos muchísimos pecados contra la caridad, y al mismo tiempo nos conduciremos con verdadera prudencia y con sabiduría práctica, sin hacernos insoportables, como ciertas personas bien conocidas, que, sin soñarlo, son el azote de las conversaciones, salpicadas por ellas una y mil veces con la repetición de su propia personalidad, hasta sembrar el hastío y la monotonía en todas las reuniones. Por eso el Espíritu Santo, después de habernos enseñado que en el mucho hablar hay siempre pecado, añade: *mas quien sus labios refrena es hombre muy prudente* ⁽¹⁾, para significarnos que la prudencia y el saber vivir son frutos de la moderación en el hablar.

(1) Qui autem moderatur labia sua prudentissimus est.—
Prov., X, 19.

¿Quiere decir ésto que jamás nos sea lícito hablar de nosotros mismos? Antes nos es permitido con tal que se haga con discrección, prudencia, tacto y guardando todas las conveniencias. Podemos hablar de nosotros mismos para pedir un consejo, esclarecer una duda, y también ¿quién lo duda? para derramar los sentimientos de nuestro corazón en el pecho de un amigo fiel y discreto, que nos alivie de nuestras penas y nos apoye con las luces y consuelos tan necesarios en la vida. Fuera de estas y semejantes circunstancias es mejor abstenerse de esas conversaciones, de las cuales el egoismo es la salsa principal; de esas ilusiones personales — que aún no siéndolo — hieren los oídos delicados y susceptibles de todos los amores propios paralelos, de todas esas pretensiones sombrías que nos rodean, nos escuchan, nos acechan y nos recelan.

IV.

OTRA pasión oculta nos devora y nos arrastra á innumerables pecados de lengua: la envidia. Sienten algunos moralistas que es una enfermedad femenina y mujeril: no lo creais. Hay hombres

que se creen fuertes y hasta superiores y llevan en su corazón ese cáncer venenoso. La envidia es como un binóculo colocado delante de los ojos, y que cambiando á cada paso de color, todo nos lo hace ver según las variadas tintas de esa miserable pasión. Hay personas que son objeto predilecto de nuestra envidia. Diríase que su memoria pesa sobre nosotros como un espectro que turba el sueño; su nombre, pronunciado al acaso, parece despertar una legión de insectos que nos causan escozor en todo el cuerpo. El recuerdo de esas personas nos produce fiebre; y lleno el corazón de amargura, el nombre y la figura de ellas acuden á la lengua, y entónces ¡Dios las defienda y las ampare contra los dardos de nuestra mordacidad! Tal vez no tengan falta alguna, ni sospechen siquiera que son objeto de nuestra envidia. ¡Son almas inocentes! ¿Qué importa si nosotros somos envidiosos? Su único crimen es la envidia ajena. Brillan y nos deslumbran, y la envidia primero perdona los defectos que las perfecciones. Gozan de merecida reputación, ocupan quizás aventajada posición moral en el aprecio y estimación pública, y nosotros nos sentimos rebajados por su superioridad. ¿Y qué sucederá si por ventura se hace en nuestra presencia el elogio de semejantes personas? ¡Qué martirio se nos inflige! Pero no haya cuidado, que todos somos hábiles

para la venganza, y nuestro rival pagará á buen precio el aumento de sufrimiento que nos ha ocasionado. Venga ó no venga á cuento, también nosotros hallaremos medio de hablar de nuestro prójimo, y de lanzar contra él flechas agudas y más ó menos envenenadas. ¡Pobre prójimo! ¿En qué nos ha ofendido? ¿Por qué nos encolerizan sus virtudes y sus méritos relativamente superiores á los nuestros? ¡Y cómo sabemos disumular nuestras píldoras amargas con el almíbar de palabras melosas, y de restricciones tanto más páfidas cuanto que van protegidas por protestas piadosas y hasta por suspiros místicos! ¡Ah! Cuán bien conocía al envidioso, aquí retratado, el autor de *Fausto*, al escribir:

. sabe
 Con tal finura hablar y reticencias
 Que el elogio en censura se convierte. (1)

Y sabe además desvirtuar arteramente los elogios ó la justificación, hecha del prójimo en su presencia, poniéndole en parangón, venga ó no venga á cuento, con alguna otra persona, que él se apresura á ensalzar, con el poco piadoso fin de proyectar sobre la víctima de su envidia alguna sombra que oscurezca su mérito. Demos por sen-

(1) GOETHE.—*Torcuato Tasso*.

tado , amados hijos nuestros , que el prójimo que nos oscurece no es irreprochable , ya que todos en la tierra tenemos defectos ; pero seamos sinceros ante Dios y ante nuestra conciencia: la causa principal de nuestra saña es la envidia , sentimiento duro como el infierno, cáncer interior que nos devora . Ella nos dicta esas palabras envenenadas, y si con tiempo no le atajamos el vuelo , ella inspirará los más criminales proyectos; porque la envidia, sobre todo cuando llega á cierto grado y pasa al estado crónico, es una de las enfermedades morales que sólo Dios puede curar.

Para conseguirlo , un acto heroico es indispensable . Depositar nuestro corazón en el ara santa , y pedir al Señor que la llama divina de la caridad lo purifique , consumiendo cuantas bajezas y apetitos mundanales lo afean. Decir á nuestro Dios con resolución y humildad : ¡ Vos sólo, Dios mío , vos sólo! y con vos lo que vos queráis y nada más que lo que vos queráis. Exclamar con San Luís Beltrán : cortad , Señor, amputad , quemad , no perdonad aquí , para que en la eternidad perdonéis, y para que la llama de mi corazón suba pura hasta vos.

Tomada esta resolución , nuestro corazón y nuestra lengua romperán las cadenas de ese vicio infame y opresor : serán libres . Porque los médicos hacen á diario una observación higiénica , que

simbólicamente es aplicable al orden moral : si el cuerpo está mal humorado, la lengua se presenta saburrosa, y si la lengua está limpia es síntoma de que el organismo interior funciona con el equilibrio de una salud vigorosa . ¿ Quiénes son los que en el orden moral tienen su lengua saburrosa y envenenada? ¿ Una lengua, de la cual dice el Profeta, que *quita la vida con lengua de víbora?* ⁽¹⁾ Son las almas que llevan veneno en las venas, y ocultan en el corazón la negra envidia. Mas si el corazón es puro, dulce, benévolo y caritativo, ¡ cuán fácilmente vienen á la lengua palabras llenas de dulzura y de caridad y de disculpa para nuestros prójimos ! La inspección de la lengua es para el médico indicio seguro del estado de salud ; la discrección y la caridad en el hablar es igualmente indicio de la salud del alma, según la frase de Salomón : *la lengua de los sabios es la salud.* ⁽²⁾

El odio y la venganza provocan, como el orgullo y la envidia, á los pecados de la lengua, especialmente en las almas naturalmente rencorosas y coléricas. Todo las hiere y les hace sombra y las irrita, y les revuelve los malos humores, sin que sea fácil, en muchos casos, explicar tanta susceptibilidad, ni ese cúmulo de rencores acumula-

(1) Occidit cum lingua viperæ.—*Jor.*, XX, 16.

(2) Lingua autem sapientium sanitas est.—*Prov.*, XII, 18.

dos como el orín en hierro viejo. Excitadas por esa pasión hipocondriaca y por una palabra pronunciada con la intención más sana del mundo, montan en cólera y proyectan venganzas contra supuestos agresores y contra todo el género humano. ¡Pobre del prójimo contra quien disparan tanta bilis acumulada! Porque una vez levantada la paradera que contiene las aguas, el que se encuentre en la rompiente de esos cachones de palabrería iracunda y al alcance de esa lengua, afilada como una navaja, quedará maltrecho, á lo menos de pensamiento y de deseo, por quien lo envuelve sin piedad en un diluvio de odio parlante. Con *navaja afilada* ⁽¹⁾ compara el Profeta á esas lenguas, y la expresión no puede ser más ajustada ni la imagen más natural. ¡Qué navaja la de ciertas lenguas! ¡Cómo cortan y taján y desuellan y desmenuzan y hacen picadillo de la reputación mejor sentada! El Profeta añade aún que esos hombres aguzan su lengua como una espada ⁽²⁾, y que llevan arco y aljaba, y mojan sus flechas en amargo licor para atravesar en las tinieblas al hombre inocente que camina con rectitud de cora-

(1) Tota die injustitiam cogitavit lingua tua: sicut novacula acuta fecisti dolum.—*Psalm.*, LI, 4.

(2) Quia exacuerunt ut gladium linguam suam: intenderunt arcum rem amaram, ut sagittent in occultis immaculatum.—*Psalm.*, LXIII, 4-5.

zón ⁽¹⁾. Y cual si esas imágenes fueran insuficientes para darnos á conocer la perversidad de la lengua colérica acude á otras más enérgicas aún, y dice: *El hombre que atestigua falsamente contra su prójimo es un rejón, un estoque, una aguda saeta:* ⁽²⁾ *rejones y flechas son sus dientes y su lengua tajante espada* ⁽³⁾; *con sus lenguas están forjando fraudes; debajo de sus labios hay veneno de áspides* ⁽⁴⁾; *aguzaron sus lenguas viperinas* ⁽⁵⁾; y semejantes á este reptil, *pican sin hacer ruido* ⁽⁶⁾.

No os extrañe, amados hijos nuestros, el que hayamos acudido á la fuente de la Sagrada Escritura para estigmatizar un vicio tan odioso como general: enérgicas son ciertamente las expresiones aducidas, pero cualquiera que conozca la naturaleza humana, conocerá asimismo que el cuadro está pintado al natural y como si al hombre se

(1) Quoniam ecce peccatores intenderunt arcum, paraverunt sagittas suas in pharetra, ut sagittent in obscuro rectos corde. *Psalm.*, X, 3.

(2) Jaculum, et gladius, et sagitta acuta homo qui loquitur contra proximum suum falsum testimonium.—*Prov.*, XXV, 18.

(3) Dentes eorum arma et sagittæ: et lingua eorum gladius acutus.—*Psalm.* LVI, 5.

(4) Linguis suis dolose agebant, venenum aspidum sub labiis eorum.—*Psalm.* XIII, 3.

(5) Acuerunt linguas suas sicut serpentes.—*Psalm.* CXXXIX, 4

(6) Si mordeat serpens in silentio, nihil eo nimis habet qui occulte detrahit.—*Eccle.*, X, 11.

le hubiera sorprendido en flagrante delito. Esos pecados de lengua, la injuria, que despoja al hombre del honor que se le debe, como á imagen de Dios; la detracción, que le quita el don preciosísimo de la fama y del buen nombre; y la murmuración, que disuelve el lazo santo de la amistad verdadera, son pecados mortales por su naturaleza; y pecados además que imponen el deber de una restitución completa del bien destruído ó robado, para que puedan ser absueltos en el tribunal de la penitencia ⁽¹⁾. *Detractores Deo odibiles*: los infamadores son enemigos de Dios, nos enseña el Apóstol ⁽²⁾, y el Angélico Doctor afirma, que ese pecado es más grave que el hurto, en atención á que despoja al hombre de un tesoro más estimable que las riquezas; y que pecan gravemente, no sólo quienes directamente lo cometen, sinó los oyentes, que no imponen silencio al detractor, pudiendo hacerlo ⁽³⁾. Tal es también el sentir de San Jerónimo: «Guárdate, dice, del prurito de lengua y de oídos, es decir, ni desacredites á otros, ni oigas á los detractores» ⁽⁴⁾. Y más grave aún que

(1) STO. TOMÁS.—*Summa Theol.*, 2.^a-2.^{ae}, q. 73, 74 y 75.

(2) *Roman.*, I, 30.

(3) 2.^a-2.^{ae}, q., 74, a. 2.

(4) Cave ne aut linguam aut aures habeas prurientes, id est, ne aut ipse aliis detrahas, aut alios detrahentes audias.—S. JERÓNIMO.—*Epist.* II, ad Nepotiarum.

la injuria y que la detracción es el pecado de la oculta murmuración, que se insinúa maliciosa y callada, siembra la discordia, divide las familias, y destruye la caridad para con el prójimo, el signo distintivo de los hijos de la nueva ley ⁽¹⁾. *Seis son las cosas que abomina el Señor, y otra le es detestable* ⁽²⁾; y esta otra es: *el que siembra discordias entre los hermanos* ⁽³⁾. ¡Ser detestable en la presencia de Dios! Es un principio de condenación, y nada extraño por consiguiente el desprecio y la confusión que desde la presente vida caen sobre el chismoso, según aquello: *El hombre de doble lengua cae en una infamia grandísima; pero el chismoso se acarrea el odio, la enemistad y el oprobio* ⁽⁴⁾.

V.

CUAN dignas son de lástima, amados hijos nuestros, no precisamente las almas víctimas de las malas lenguas, á quienes no alcanza el odio, si

(1) *Joann.*, XIII, 35.

(2) *Sex sunt quæ odit Dominus, et septimum detestatur anima ejus.—Prov.*, VI, 17.

(3) *Qui seminat inter fratres discordias.—Prov.*, VI, 19.

(4) *Denotatio pessima super bilinguem: susurratori autem odium, et inimicitia et contumelia.—Eccli.*, V, 17.

están unidas á Dios ; sinó esas otras almas mezquinas y murmuradoras , que viven del descrédito ajeno , se alimentan de proyectos vengativos y derraman por do quier el veneno de su envidia! Diríase que nacieron con aptitud para recoger, como ciertos reptiles , toda la ponzoña del aire, rumiarla interiormente y arrojarla en el círculo de sus relaciones . Van hasta de casa en casa buscando compradores de su artículo averiado , como mercaderes de feria , pregonando su propia ignominia , y haciendo ver al menos lince , que se alimentan de hiel y beben ajeno y tienen su vida emponzoñada . ¿ A qué conduce esa golosina insaciable de la crónica local más ó menos escandalosa? Sin duda que quien vive en medio del mundo no puede ser extraño á cuanto ocurre cerca de él ; hay cosas que puede y debe saber ; mas ¿ para qué esa predilección por cierta clase de alimentos? ¿ Esa marcada sensualidad por las noticias poco edificantes? ¿ Esa necesidad de hablar siempre en lenguaje equívoco? ¿ Esa fiebre de interrogar y de sondar la vida ajena? O mucho nos engañamos , ó mucho se han engañado los santos y los maestros de la vida cristiana , ó ese prurito de saber lo que no nos importa , corresponde á una profunda llaga del humano corazón.

Para el bien como para el mal tiene la palabra singular eficacia ; aumenta , por lo común , lo que

enuncia , formula categóricamente los cargos , los talla en aristas , ó en ángulos sólidos , ó en bisel, los reviste de mil formas , según su capricho y su pasión . Como aquel eco del bautisterio de Pisa, que se apodera de la voz emitida por el cicerone, y la repite varias veces , y aumenta sus tonos , y la desfigura hasta semejar un sonido procedente del espacio infinito ; así el pensamiento humano, latente en las profundidades del alma, emitido por la palabra , repercute en nuestro rededor , y se desfigura y se crece , y siembra la confusión y la discordia, y vuelve á nosotros, deforme y monstruoso.

Atended solamente á un ejemplo . Envidiais á una persona que os es antipática , cuya sombra os sigue por todas partes, hasta el extremo de sentirnos tentados á volver la cabeza para rechazar esa idea fija , esa inmanente obsesión . Vulgarmente se dice que la llevais cabalgando en la nariz, y los dichos vulgares encierran mucha filosofía . En vez de sacudir esa pesadilla con un cuarto de hora de oración y de examen de vuestras propias faltas, que os interesan bastante más que las ajenas , salís disparados en busca de un confidente sospechoso , á quien hacéis cómplice de vuestra negra pasión ; y sin sentaros apenas , anhelantes aún, levantais la compuerta de vuestra mal reprimida cólera . Hablais una ó dos horas, con fuego en los

ojos y espuma en la boca, y arrastrais á vuestro prójimo por el empedrado de la calle, hasta que el cansancio, no la caridad, pone término á ese flujo de palabras que parece una inundación. ¿Qué habéis ganado con esa expansión de cólera y de odio? No hablemos de la caridad, vulnerada y quebrantada más gravemente de lo que acaso sospechais. ¿Qué habéis ganado en vosotros mismos, en vuestros propios intereses, en vuestra paz interior? Tuvisteis ciertamente la triste satisfacción de despedazar á vuestro prójimo; habéis hecho de él una especie de gigote acomodado á vuestra salsa picante; pero, creedlo, la provisión más amarga de pimienta, de sal y de vinagre quedó en el seno de vuestras entrañas; sin contar, por supuesto, con los remordimientos de conciencia, que necesariamente habréis de experimentar, si os queda algún resto de temor de Dios. Otra vez: ¿qué habéis ganado en semejante lance? Si antes respirábais con dificultad, ahora sentís ahogos: hé aquí la ganancia. El silencio es el mejor calmante de las llagas del corazón; el aire libre las encona, la palabra disoluta aumenta la pena.

Aparte de las fuentes de locuacidad apuntadas hasta aquí: el orgullo, que va en busca de exhibición; la envidia, á la cual causa pesar el bien ajeno, y el odio, que reconcentra la bilis para verterla con intermitencias, como recurso para

aliviar un corazón oprimido, hay aún almas livianas, para quienes son especialmente sabrosos los vocablos más equívocos ó más transparentes del diccionario, los matices nebulosos de la conversación picaresca, y que gozan y se deleitan en excursiones peligrosas al borde de todos los precipicios morales. Un escritor del siglo xv compara á estas almas livianas con los toneles vacíos, que son los que más suenan, mientras que los cuerpos sólidos tienen menor sonoridad. Antes que el insinuado poeta bordelés, ya nos había hecho la Escritura Santa la siguiente prevención: *¿Conociste algún hombre ligero para hablar? Pues prepárate para oír muchas necedades* ⁽¹⁾.

Y se comprende, amados hijos nuestros. El hombre sólo dispone de una suma limitada de buen sentido, de inteligencia, de instrucción y de prudencia; en muchos individuos, esta suma está reducida á su mínima expresión. Hacer derroche de ingenio, sin decaimiento ni laxitud, es el privilegio de espíritus superiores, de ingenios agudísimos y sólidamente cultivados; los demás mortales no estamos en el caso de prodigarnos, ni de hacer á cada paso una especie de exposición de nuestros productos intelectuales, sinó queremos

(1) Vidisti hominem velocem ad loquendum? Stultitia magis speranda est, quam illius correptio.—*Prov.*, XXIX, 20.

concluir por exhibir nuestra pobreza, la miseria de nuestro ingenio. Por eso la divina Escritura nos dice: *Ocultan su saber los sabios; mas la boca del necio cerca está de la confusión* ⁽¹⁾. Y en otra parte: *El hombre cauto encubre lo que sabe; mas el corazón de los imprudentes descubre su necedad* ⁽²⁾. Son, pues, la modestia y la reserva en el hablar, prueba de mérito. Quien tiene un tesoro no lo coloca en sitio público, para no exponerlo á una depredación, dice el Padre San Gregorio ⁽³⁾; lo oculta cautelosamente y lo distribuye solamente obedeciendo á la caridad, y según las reglas de la prudencia. Haced lo mismo con el tesoro del buen sentido; porque si la palabra, que es el vaso de nuestros pensamientos, retumba demasiado, es prueba de que el tesoro interior disminuye, y el tonel queda vacío. Será el caso de decir con un poeta:

No tomes por oro todo lo que brilla

La barrica de más ruido fué siempre la vacía.

Ya veis, amados hijos nuestros, que todo sé

(1) Sapientes abscondunt scientiam; os autem stulti confu-
sioni proximum est.—*Prov.*, X, 14.

(2) Homo virtutis celat scientiam: et cor insipientium pro-
vocat stultitiam.—*Prov.*, XII, 23.

(3) Deprædari ergo desiderat qui thesaurum publice portat
in via.—SAN GREG. MAG.—*Homil.* II.

enlaza en la región de los principios : todo lo verdadero es real y al mismo tiempo enemigo de la ostentación y del ruido . Los hombres de muchas palabras no son generalmente los más dotados de buen sentido . La Santa Escritura , en esta materia como en muchas otras , es rica en proverbios, que son moneda de buena ley, sin otro defecto que el de ser casi desconocidos : *De toda ocupación se saca provecho; pero del mucho hablar, sólo miseria* ⁽¹⁾. Sentencia profunda , que aplicada á todas las operaciones de la vida , sería el ariete destructor de muchas fachadas arrogantes . Ved á ese individuo, que en todas partes se encuentra , que se exhibe, que se anuncia ; que todo lo ha visto , que todo lo sabe , que todo lo juzga ; que todo lo ha hecho ó que todo lo va á hacer ; que á todos enmienda la plana y en todo y do quier pretende sobresalir y distinguirse ; no reconoce en nadie más superioridad que la de la fortuna , pero en talento , en discrección y en virtud , él solo es el ave Fénix de la fábula ; los demás no saben leer, ni eso, ni leer, y así se lo dice didácticamente , sin respeto ni á la edad , ni á la virtud , ni á la posición social ; vedlo, pero desconfiad de él . No os diremos que seais severos ni que pronunciéis juicio definitivo ; pero

(1) In omni opere erit abundantia; ubi autem verba sunt plurima, ibi frequenter egestas.—*Prov.*, XIV, 23.

desconfiad , examinad detenidamente y veréis verificarse en él la conclusión del mismo Espíritu Santo : En el mucho hablar sólo hay miseria: *Ubi verba sunt plurima ibi frequenter egestas*. Inundación de palabras , vanidad , presunción , egoísmo, soberbia luciferina , pero *nec mentis guttam* , ni una gota de buen sentido , que diría Teócrito : *egestas*.

Por eso á medida que pasan los años y el trato de los hombres y la práctica de los negocios coronan el alma de cabellos blancos y de experiencias y observaciones saludables , se convence uno de que sabe menos, olvida lo sabido, y se hace menos didáctico . ¡ Cuántas veces se siente la necesidad de tapar la cabeza con las manos, de guardar profundo silencio y de reducir el capítulo de antiguas convicciones ! Por fortuna Dios permanece siempre en el fondo del alma, y á medida que decrecen las creencias humanas , se afirma y se robustece la fe divina . Así, en los hombres de peso, vemos acentuarse de día en día la propensión á callar , á vivir en sí mismos, á contemplar en silencio los sucesos humanos, á desconfiar instintivamente de cuanto los cerca. De ahí la reserva, la parsimonia en el hablar, que es como el esmalte delicado de un espíritu exquisito . El hombre que nada sabe , cree saberlo todo ; de nada duda , de nada desconfía, y sin haber desflorado apenas la superficie de las cosas, falla *ex cathedra* con inve-

rosímil ligereza. *El tonto habla mucho* ⁽¹⁾, y sus discursos interminables, y su verbosa inundación están en razón directa de su pequeña dosis de buen juicio. Disparata, hasta perderse de vista, y como dice la Escritura, en un estilo cuya energía es tan exacta como pintoresca: *hierbe en necesidades la boca de los fatuos* ⁽²⁾. Si solamente habláramos de lo que conocemos á fondo, y aun esto en circunstancias y casos en que la prudencia lo aconseja, se reducirían en una mitad ó más muchísimas conversaciones; y no habría que sentirlo pues ganarían de consuno la justicia, la verdad, la caridad y la paz.

VI.

RECORDEMOS las palabras del apóstol Santiago: *La lengua es un miembro pequeño La lengua es un fuego, es un mundo entero de maldad* ⁽³⁾; y nos convenceremos una vez más de la necesidad de

(1) Stultus verba multiplicat.—*Eccle.*, X. 14.

(2) Os fatuorum ebullit stultitiam.—*Prov.*, XV, 2.

(3) Lingua modicum quidem membrum est. Lingua ignis est, universitas iniquitatis.—*JACOBI*, III, 5-6.

poner coto á los desmanes de la lengua , y de clamar á Dios frecuentemente con el Profeta: *Pon, Señor, una guardia á mi boca, y un candado que cierre enteramente mis labios. No permitas que se deslice mi corazón á palabras maliciosas, para pretextar excusas en los pecados* (4). Porque es indudable, amados hijos nuestros, que la mayor parte de las desgracias que afligen á los individuos, á las familias y á la sociedad proceden de la imprudencia y de la perversidad de las malas lenguas. De esa terrible chispa vienen los incendios del mundo moral. Vemos á un matrimonio desavenido, á una familia víctima de discordias, que convierten el hogar cristiano en antesala del infierno; estad seguros de que no faltó una lengua viperina que á hurtadillas infiltró su veneno en corazones antes unidos. Nos extraña la frialdad que separa á dos antiguos amigos: no os molestéis en discutir ni en indagar la causa. La Escritura la señala: *El murmurador, y el hombre de dos caras es maldito; porque mete confusión entre muchos que vivían en paz. La mala lengua de un TERCERO alborotó á muchos, y los ha dispersado de un pueblo á otro. La lengua de un TERCERO echó fuera de casa á mujeres*

(4) Pone, Domine, custodiam ori meo et ostium circumstantiæ labiis meis. Non declines cor meum in verba malitiæ, ad excusandas excusationes in peccatis.—*Psalm. CXL, 3.*

varoniles y privolas del fruto de sus fatigas ⁽¹⁾. La palabra de un tercero, de un falso amigo, palabra insidiosa, imprudente, falsa, calumniadora, se insinuó rateramente y dividió á las almas unidas. El Espíritu Santo afirma que ese chismoso es ya maldito; por eso se ocupa y se goza en obras de maldición. Y no diga ese desgraciado que no calculó el alcance de sus saetas envenenadas: *El que suelta las aguas es principio de pendencias;* ⁽²⁾ y el que suelta su lengua en palabras amargas é indiscretas, obligado está en conciencia á calcular los extragos que pueden causar en el campo de la humanidad. ¡Qué ceguedad, amados hijos nuestros! Muchos que escrupulizan de tomar una pera del huerto ajeno—y hacen bien, porque es un hurto—no paran mientes en la mayor injusticia que perpetran al robar á su prójimo la reputación y la fama, que vale más que las riquezas. Y sin embargo es incontrovertible ante el derecho natural, y ante las leyes positivas, divinas y humanas, que el chismoso ó el detractor, que roba á su prójimo una amistad cristiana, ó una reputación hon-

(1) Susurro et bilinguis maledictus: multos enim turbavi pacem habentes. Lingua tertia multos commovit, et dispersit illos de gente in gentem. Lingua tertia mulieres viratas ejecit, et privavit illas laboribus suis.—*Eccli.* XXVIII, 15. 16. 19.

(2) Qui dimittit aquas, caput est jurgiorum.—*Proverbior*, XVIII, 14.

rada, tiene el deber de restablecerlo en la posesión de esos bienes destruidos. No basta acudir á los pies de un confesor, con arrepentimiento y lágrimas; los actos más sinceros de penitencia, sin la reparación legítima del daño causado, son insuficientes para obtener el perdón. Por grande y universal que sea—y lo es cuanto exige nuestra salvación—la jurisdicción de la Iglesia, no se extiende hasta facultar á un confesor para reconciliar con Dios á un detentor de la honra ajena. La Iglesia no dispone de nuestra honra, como no dispone de nuestros bienes de fortuna. Y el penitente que oculta maliciosamente los extragos causados por su intemperancia en el hablar, para eximirse de hacer la reparación debida, recibe una absolución inválida, que, lejos de purificar su alma, agrava su pecado y aumenta el rigor del juicio que hemos de sufrir todos en el tribunal de Aquel, que sonda los pliegues más recónditos del humano corazón.

Las dificultades que surgen para el cumplimiento de estos deberes son tan grandes, que rayan algunas veces en imposibilidad moral. Y sin embargo, ha de proclamarse muy alto: el perdón es imposible mientras el culpable no haga cuanto esté de su parte, para unir á ese matrimonio dividido, para reconciliar al prójimo enemistado, para devolver la honra mancillada, para colocar en el

antiguo pedestal de su gloria al prestigio vilipendiado por una lengua inconsiderada. Las dificultades han de pesarse antes de hacer el daño, para contener la lengua, que es un mundo de maldad; hecho el daño, es preciso acometerlas y superarlas. « Muy difícil es, enseña el cardenal Hugo, restituir la fama manchada » ⁽¹⁾; no obstante, « si el ladrón está obligado á la restitución de la cosa robada, mucho más obligado está el murmurador á la restitución de la fama denigrada » ⁽²⁾. Y San Buenaventura dice lo mismo: « Está obligado el detractor á la restitución de la fama que manchó; porque mayor bien quita el detractor que el ladrón » ⁽³⁾. En una instrucción general sobre los pecados de la lengua no es posible descender hasta el desarrollo detallado de la malicia y responsabilidad que la maledicencia y la calumnia entrañan: bástenos recordar que la caridad es la más eminente de las virtudes cristianas, el signo característico de los discípulos de Jesucristo, la que

(1) Difficillimum est famam semel læsam restituere.—*Super Prov.*, cap. V.

(2) Si fur tenetur ad restitutionem rei furatæ, quanto magis susurro ad restitutionem famæ denigratæ?—*Super Ecclesiast.*, c. V.

(3) Tenetur detractor ad restitutionem bonæ famæ quam abstulit: majus enim bonum aufert detractor quam raptor.—*In Centiloq.*; p. I, sect. 13.

ha de abrirnos las puertas del cielo, y por desgracia también, la más ultrajada y olvidada, hasta por muchos que hacen profesión de piedad. « Se decía de los primeros fieles—exclama el cardenal Cheverus—¡son cristianos, ved cómo se aman! hoy podría decirse: ¡son cristianos, observad cómo se maltratan!»

Quien aspire á cumplir tranquilamente su misión en la tierra, á la par que á preparar su destino final, jamás velará bastante sobre los pecados de la lengua, porque: *Quien guarda su boca guarda su alma: pero el inconsiderado en hablar sentirá los perjuicios* ⁽¹⁾. Lo cual no quiere decir, que la reserva nos ponga siempre á cubierto de la maledicencia, ni que las malas lenguas no intenten damnificarnos. Se afirmará que hemos hablado, aunque no hayamos desprendido los labios; y se nos atribuirá un cúmulo de pensamientos malévolos y pérfidos, porque hayamos pronunciado una palabra inocente. ¿Quién, en la tierra se ha librado de los dardos de la lengua maldiciente? Nuestro Salvador, los apóstoles y los santos todos han sido víctimas inocentes de esa triste condición de la vida humana; porque el mundo está lleno de

(1) Qui custodit os suum, custodit animam suam; qui autem inconsideratus est ad loquendum sentiet mala.--*Proverbior*, XIII, 3.

criaturas malévolas , que desempeñan en la sociedad el destino de los reptiles venenosos , y concentran en la lengua todo el veneno de su naturaleza viciada, para inocularlo con maldad en su prójimo . Mas si esto acontece sin que para ello demos pretexto ¿ qué sucederá si con palabras indiscretas ó malas nos prestamos á los comentarios siempre prontos del odio , de la envidia , de la desconfianza y de la detracción ? Vigilemos atentamente sobre nuestras conversaciones y discursos , reflexionemos antes de hablar, especialmente en materias delicadas, cuando se trata de la honra del prójimo , y en cualquiera circunstancia grave . Una sola palabra basta para precipitarnos en un pecado mortal , según la expresión de los Libros santos : *Los labios del insensato lo precipitarán* ⁽¹⁾. Vigilemos siempre , y nuestra alma vivirá exenta de angustias: *Guarda de angustias su alma el que guarda su boca y su lengua* ⁽²⁾.

Vigilancia tanto más necesaria y asidua cuanto son raros en el mundo los oídos discretos . *Apparent rari nantes in gurgite vasto*, podríamos decir con el poeta latino . Sí , la discrección es rara como las perlas en el mar inmenso . Encontraremos almas excelentes, con un fondo excelente de abne-

(1) Labia insipientis præcipitabunt eum.—*Eccle.*, X, 12.

(2) Qui custodit linguam suam, custodit ab angustiis animam suam.—*Prov.*, XXI, 23.

gación, benévolas; pero ¡cómo ha de ser! son seres formados de mallas ralas, donde todo entra y todo sale, sin que se den cuenta de ello. ¿A qué confiarles un secreto? Les pesa como un fardo, los ahoga: es un licor que no pueden guardar; sudan y lo traspiran. «Llenos de salidas—dice San Ambrosio—por ellas se va cuanto se las confía, porque tienen la embriaguez de la locuacidad»: *tremulentiam loquacitatis* ⁽¹⁾. *Como ciudad abierta y sin muros, tal es el hombre que ofreciéndose hablar, no puede reprimir su necia verbosidad* ⁽²⁾. Al primer encuentro vaciaron el vaso de las confidencias, porque su corazón es campo comunal abierto al pasto de cualquiera curiosidad.

VII.

AHORA, hijos nuestros, escuchad los documentos para gobernar la lengua; y quien los observare no se perderá por causa de sus labios, ni resbalará en

(1) SAN AMBROSIO.—*Serm.* IV.

(2) *Sicut urbs patens et absque murorum ambitu, ita vir, qui non potest in loquendo cohibere spiritum suum.—Proverbior, XXV, 28.*

obras perversas ⁽¹⁾. Escuchadlos y recibidlos como medio de evitar muchas miserias, muchas contradicciones y acaso muchas desgracias. Recordad el antiguo adagio, muy conocido ciertamente, aunque no tan practicado: Muchas veces nos arrepentimos de haber hablado, muy pocas de haber callado. Quien prudentemente calla, es propietario de su pensamiento, de su palabra y de su alma; mientras que la palabra dicha nos domina, nos hace siervos suyos, es como una llave que entregamos á un indiscreto, una arma cargada contra nosotros, una servidumbre abierta á todos en los dominios interiores del alma. Aquí, como siempre, la virtud, que nos hace buenos, regulando nuestros actos, es la fuente de la discreción y de la dicha. Los consejos del Espíritu Santo que hemos recordado y comentado levantarán en torno de nuestra vida una empalizada para preservarnos de los juicios é invectivas exteriores. ¡Cuánta paz en el corazón y qué seguridad de conciencia producirá en nosotros la práctica de tan divinos consejos! Hasta la filosofía antigua conoció la sabiduría práctica de la moderación de la lengua, y nos dijo, por boca del más humano de los trá-

(1) *Doctrinam oris audite, filii; et qui custodierit illam, non periet labiis, nec scandalizabitur in operibus nequissimis.—Ecclesiastici, XXIII, 7.*

gicos griegos : « Hijo mío, aprende á guardar silencio, porque el silencio es principio de muchos bienes » ⁽¹⁾. Mas como no siempre sea posible ó conveniente callar, ya que el hombre es un sér social, que vive de la comunicación de sus pensamientos y afectos con los demás hombres, y la lengua sea el órgano principalmente encargado de transmitir entre dos almas el tesoro de sus afecciones é ideas, salta á la vista la necesidad de indicar algunas reglas que nos guíen en tan resbaladizo terreno.

Sea la prudencia la nota dominante, la característica, el alma, en una palabra, que informe nuestras conversaciones y las mantenga dentro de los límites de lo honesto y de lo justo. Conocimiento práctico de cuanto ha de hacerse rectamente ⁽²⁾, reina y directora de todas las virtudes morales, la prudencia es el hilo conductor del hombre en los laberintos de la vida; la luz que marcha ante nosotros para enseñarnos lo que hemos de apetecer y lo que hemos de desechar ⁽³⁾, lo que hemos de decir y lo que hemos de obrar, y las

(1) O puer, tace, multa bona habet silentium.—SOPHOCLES.
—*Fragmentos*.

(2) Recta ratio agibilium.—SANTO TOMÁS, 2.^a 2.^{ae}. q. 47 a 5.

(3) Prudentia est cognitio rerum appetendarum et fugiendarum.—SAN AGUSTÍN.—*Quæst.*, lib. 82, q. 61.

circunstancias en que se han de producir la palabra y la acción. Porque hay revelaciones que pueden hacerse impunemente y hasta con provecho á determinadas personas, y que serán mal recibidas y peor interpretadas por espíritus atrabiliarios y corazones corrompidos, cuyo número es infinito; revelaciones inofensivas y excelentes, pero que caen en mal terreno, rebotan contra quien las hace, y sirven de texto á la malicia para comentarios deshonorosos. Las lágrimas derramadas por Cristo ante el sepulcro de Lázaro, fueron interpretadas por los sencillos como testimonio de su amor ⁽¹⁾, y por los malignos, como indicio de indiferencia ⁽²⁾. Sucede con la palabra lo que con la luz del cielo; que, aunque hermosa, pura y radiante, se hace sombría y angulosa, refractándose ó reflejándose en vidrios oscuros ó en superficies irregulares. Una palabra, hermosa como la luz, brota de un corazón puro y recto, pero llega á una alma malévola, á un espíritu pervertido, á un corazón bajo, y esa palabra se quiebra, toma una marcha oblicua, se desfigura hasta el punto de no ofrecer semejanza con su primitivo modelo.

(1) Ecce quomodo amabat eum.—*Joann.*, XI, 36.

(2) Non poterat hic, qui aperuit oculos cæci nati, facere ut hic non moreretur?—*Joann.*, XI, 37.

No basta para lograr frutos, que la simiente sea escogida, sinó la abona además la tierra donde se siembra; ved por lo mismo en qué vasos depositais la semilla de la palabra, examinad los espíritus con quienes os ponéis en relación. Si el vaso es flaco y el licor de vuestras confidencias demasiado generoso, tal vez estalle y seais víctima de la explosión. La aplicación de estos consejos es muy difícil en la vida, porque es difícil conocer el fondo del humano corazón, medir sus fuerzas, distinguir sus capacidades, adivinar, en una palabra, el uso ó el abuso que hará de nuestra conversación; pero como la importancia y la trascendencia es tanta como la dificultad, preciso es no desmayar. Si no hay seguridad de recoger las flores de amenas confidencias, sin herirse las manos con las espinas de la maledicencia, se renuncia á las flores; si los puntos de contacto son angulosos y ásperos, se evita el roce, porque en casos dudosos el silencio es el único medio de conservar la paz.

«¡Bendita sea la lengua del varón prudente que cura las llagas del iracundo!»⁽¹⁾ Porque la prudencia, y solamente la prudencia, afirma San Buenaventura⁽²⁾, puede enseñarnos lo que se ha

(1) *Benedicta lingua prudentis quæ curat vulnera irascens.*—THOMAS A KEMPIS.—*Hortul. rosarum*, cap. V, sect. II.

(2) *Pharetr.*, lib. 4, c. 34.

de hablar, á quién se ha de hablar, cómo y en qué manera nos hemos de expresar; y aunque digamos verdad, si descuidamos las circunstancias de tiempo, manera, lugar y personas, no decimos la verdad convenientemente ⁽¹⁾. Es, por tanto, de suma utilidad espiritual meditar frecuentemente el consejo repetido en la Santa Escritura de no decir las cosas sinó con certeza de su oportunidad: *Como manzana de oro en canastillo de plata es la palabra dicha á su debido tiempo* ⁽²⁾. ¡Qué imagen tan expresiva para grabar en nuestro espíritu la necesidad de no prodigar sentencias á tontas y á locas! Y si de tanta circunspección ha de usarse para la manifestación de la verdad, y hasta de la caridad, más exquisita habrá de ser la prudencia que gobierne nuestra lengua en las correcciones ó críticas, á que pueda inclinarnos la conducta de nuestros semejantes; porque tal amonestación ó censura, que en tiempo oportuno es limosna espiritual, será recibida como un insulto en circunstancias desfavorables. *La parábola no tiene gracia en boca del fatuo, porque la dice fuera de tiempo* ⁽³⁾; y su discurso fuera de tiempo viene á ser como la música en un

(1) *In Hæxæm.*, serm. 2.

(2) Mala aurea in lectis argenteis, qui loquitur verbum in tempore suo.—*Prov.*, XXV, 11.

(3) Ex ore fatui reprobabitur parabola: non enim dicit illam in tempore suo.—*Eccli.*, XX, 22.

duelo ⁽¹⁾. La falta de prudencia conduce á muchos desgraciados á hacerlo todo fuera de tiempo, contra el precepto del Espíritu Santo: *Tiene cada cosa su tiempo y sazón* ⁽²⁾, que debe aplicarse no solamente al hablar, sinó al callar y á cuantas acciones regulan nuestro comercio y trato con los hombres. *Bene et apposite*, dice el proverbio latino; bien y á propósito. Si aunque hablemos como ángeles, somos importunos; si los principios más inconcusos de la sabiduría humana y divina los encajamos en lucubraciones baladís, ó los exponemos torpemente, esos principios y esas máximas parecerán verdaderas necedades: una música en un duelo. ¡Abismo insondable y debilidad inconcebible del humano corazón! La buena doctrina, la conversación llena de unción y caridad debiera producir en él frutos abundantes; y sin embargo, es tal la inconstancia de nuestros deseos y de nuestro modo de pensar, tal la movilidad de nuestros afectos y disposiciones, que por una serie de circunstancias, inexplicables para el mismo que las padece, lo que un día nos es grato y provechoso, nos hace moralmente daño y nos mortifica en otro día. Semejante enfermedad de ánimo requiere

(1) Musica in luctu, importuna narratio.—*Eccli.*, XXII, 6.

(2) Omni negotio tempus est et opportunitas.—*Ecclesiastes*, VIII, 6.

cambio en el tratamiento, si éste ha de ser caritativo: nuevas palabras, nuevos consejos, otras medicinas para esa alma lánguida. La prudencia entonces sonda la disposición actual del paciente, tarea sumamente difícil, para conocer el terreno donde ha de depositar la semilla de la palabra, y cumplir el consejo de la Santa Escritura, de no contar cosa alguna al que no escucha ⁽¹⁾.

¡Qué maravilloso tacto y cuanta delicadeza son necesarios para no perdernos en este dédalo de las genialidades humanas; para discernir el tiempo, la medida y el peso de nuestras palabras! Y sin embargo, en la justa apreciación de esos numerosos matices consiste, según un Padre de la Iglesia, la ciencia múltiple del discurso y el poder mágico de la palabra ⁽²⁾.

VIII.

ADVIÉRTENOS el Salvador que: *de cualquier palabra ociosa que hablaren los hombres han de dar cuen-*

(1) Qui narrat verbum non audienti, quasi qui excitat dormientem de gravi somno.—*Eccli.*, XXII, 8.

(2) Habens hanc variam vim sermonis, apte præbet in tempore unicuique ex auditoribus id quod est ei usui.—SAN GREGORIO NISENO.—*Serm.* 9, *in Cantica.*

ta en el día del juicio ⁽¹⁾. Palabra ociosa, explica San Bernardo, es la que no tiene razón de ser ; porque ¿qué cuenta ó razón podremos dar de lo que está fuera de toda razón? No malgastemos en palabras ociosas el tiempo aceptable y los días de salud; porque el tiempo perdido es irremediable . Hablamos , se dice , para pasar el tiempo . ¡ Para pasar el tiempo ! El tiempo se nos da para hacer penitencia , alcanzar el perdón , adquirir la gracia y merecer la gloria . El tiempo se nos da para hacernos propicia la piedad divina , para acercarnos á la sociedad de los ángeles , para suspirar por la prometida bienaventuranza , para excitar nuestra débil voluntad y para llorar nuestras iniquidades ⁽²⁾. Pues á evitar ese pecado de las palabras ociosas se ordena la segunda regla de nuestras conversaciones , que consiste en sazonarlas con algo saludable , con algo que sea conforme á razón , ya que de ser racionales nos gloriamos.

Parémonos un instante en esta última reflexión. Pasamos las horas de ocio en buscarnos con impaciencia , nos encontramos , nos visitamos y nos decimos naderías . Sí , naderías brillantes, cubiertas de inagotable palabrería , y de protestas y

(1) Omne verbum otiosum quod locuti fuerint homines red-
dent rationem de eo in die iudicii.—*Matth.*, XII, 36.

(2) SAN BERNARDO, apud á Lapide, *in Mattheum*, XII.

de ofrecimientos de estampilla. Tal es la vida mundana de muchos cristianos, y á Dios plegue que solamente nonadas sean el fondo de tertulias y pasatiempos, sin que en ellos se falte además á la verdad, á la justicia, á la caridad y á la honestidad de costumbres. Modas, saraos, bailes y otras pequeñeces de todos sabidas, son la materia inagotable de las conversaciones femeninas; es decir, un entretenimiento perennemente pedestre, que se ocupa en recoger los desperdicios de los salones, y en amontonar las hojas arrastradas por el viento para alimento de una curiosidad insana. En el supuesto de que una mujer pueda y deba saber hablar convenientemente de modas, de flores y de cintas, y de cuanto sea útil al gobierno de una casa, y conocer sumariamente los sucesos locales, para sortear á su tiempo los escollos de la inexperiencia, ¿no sería además bueno, no sería mejor, elevar algo el nivel de esos entretenimientos, hacerlos más útiles, más saludables y rodearlos de alguna dignidad? ¿Por ventura son las mujeres incapaces de hablar de cosas interesantes, levantadas y llenas de nobleza y de simplicidad? Dotadas de imaginación viva y de espíritu penetrante; qué encanto y qué gravedad, cuánta discreción y cuánta dulzura difundirían en torno suyo, si la conversación fluyera de su labios seria, fecunda y llena de gracia, como dicen los Libros

Santos! ⁽¹⁾ Serían centros de luz dulce, pura y activa para iluminar las inteligencias, pacificar las almas y educar el espíritu público. Serían el imán de sus maridos, que no se alejarían tanto del hogar doméstico, hastiados de la frivolidad de tantas conversaciones sin sustancia, y se restablecería fácilmente la vida inteligente, dulce y pacífica de la antigua familia cristiana. Porque sin desconocer las diferentes causas que relajan los lazos domésticos, es cosa averiguada que el enojo de esas relaciones más artificiales que íntimas, en las que se alambican las pequeñas miserias, las vanidades, las bagatelas del mundo, y se sirve un fiambre ya muchas veces recalentado, no es á propósito para mantener el interés, despertar los espíritus, animar los corazones y encender la llama del amor de la familia.

Y si es recomendable que el sexo más débil eleve el nivel de sus conversaciones, para evitar la ociosidad de las palabras, y que lo haga consultando á su propia dignidad y al bien de sus familias y de la sociedad, mayor es el imperio de aquella recomendación en la parte fuerte del género humano, en quien la razón y el juicio ha de tener siempre el cetro. La frivolidad, la ligereza, la nadería de los discursos es más vituperable en

(1) Verba oris sapientis gratia.—*Eccle.*, X, 12.

el hombre que en la mujer; sin que al hacer á unos y á otros la recomendación de intercalar pensamientos saludables y fecundos en sus conversaciones, pretendamos desterrar de ellas la jovialidad y la efusión cordial que tan propia es de almas justas. Santo Tomás de Aquino llama eutropelia á la virtud que nos hace afables, alegres y cariñosos en las relaciones con nuestros semejantes, y califica de viciosos, duros y agrestes, á los que no contribuyen á la jovialidad de otros con su inocente gracejo ⁽¹⁾; y los santos generalmente, aun instruyendo á religiosos y á monjas, les aconsejan la amenidad en el trato, y una santa hilaridad y hasta sal en las conversaciones. Mezclando lo útil con lo dulce—como quería el poeta latino—han de ser nuestros entretenimientos sólidos, sustanciosos, llenos de verdad y rebosando la satisfacción de un corazón henchido de paz, para que en nosotros se cumpla la delicada aspiración de las Santas Escrituras, de que las buenas y benévolas palabras sean como una caricia inmaterial enviada de una alma á otra. ⁽²⁾ Sí, la palabra veraz, dulce y llena de caridad tiene la suavidad del beso de una madre; eleva al alma y la purifica y le señala

(1) Tales vitiosi sunt et dicuntur duri et agrestes.—2.^a-2.^o, q. 168, a 4.

(2) Labia deosculabitur qui recta verba respondit.—*Proverbior*, XXIV, 26.

el camino del cielo ; y sólo tiene esas brillantes cualidades , si la religión se apodera de nuestra naturaleza , la levanta y la santifica , y le da alas para substraerla á los peligros del mundo , á las mezquinas conversaciones de la tierra , á la frivolidad de las pasioncillas que nos empequeñecen y nos cubren de vilipendio.

Terminemos con una recomendación que resume las reglas todas y por todas suple: tengamos, amados hijos nuestros, caridad con nuestros prójimos , amémoslos en Dios y para Dios , ya que la caridad es el lazo de toda perfección ⁽¹⁾ en el orden de la naturaleza como en el de la gracia . La caridad es la virtud más necesaria , y acaso la más rara en nuestras conversaciones . Tengamos caridad en las palabras , en los gestos , hasta en el silencio ; porque hay un silencio preñado de hiel, que se destila sin desplegar los labios . Caridad en las insinuaciones , en los juicios , en las preguntas , en las apreciaciones , en los suspiros , en las miradas , en las reticencias . El orgullo, la envidia , el odio , la venganza , la liviandad se apoderan de todos esos medios para hincar en la reputación del prójimo el aguijón del mal querer. ¡Cuán fácil nos sería el desarrollo y la aplicación

(1) Caritatem habete quod est vinculum perfectionis.—
Colon., III, 14.

práctica, y la confirmación con hechos de estas indicaciones, á no habernos propuesto mantenernos en la esfera de la doctrina y dar ejemplo de la caridad que predicamos! Sin duda que se dan casos en que se puede y se debe hablar de los defectos ajenos; pero aún en esas circunstancias determinadas por la moral y la prudencia, debe sobreponerse á todo la caridad y la moderación, evitando la acritud en el calificativo, y todos los otros sentimientos que se avecinan al odio. Reprobado el pecado, enseña San Agustín, salvando al pecador, ó cuando menos disculpando su intención ⁽¹⁾.

Respetemos á los ausentes, pues es máxima eminentemente racional y cristiana, que estamos obligados á tratar á los otros como nosotros deseamos ser tratados. ¡Y cuán profunda herida recibimos al tener noticia de que álguien nos ha maltratado en nuestra ausencia! ¿Por qué entonces tenemos dos pesos y dos medidas? ¿Por qué esa ligereza y esa facilidad en herir á otros por la espalda, y esa irritación, sorda, violenta, profunda, que se apodera de nosotros, cuando nos han simplemente arañado? Triste pero necesario es repetirlo: hay muchos cristianos, hay hasta

(1) Etsi mala videantur bona suspicentur vel saltem bona intentione facta.—SAN AGUSTÍN.—*In Regula.*

muchas personas reputadas piadosas, que en esta materia se forjan las más groseras ilusiones y beben, como agua, las más graves iniquidades; sin reparar en que vendrá un día en que, por su falta de caridad, sufrirán severa condenación, en vez de recibir la magnífica recompensa con que habían soñado.

Por eso, amados hijos nuestros, tened caridad, y respetad á los ausentes; y si os acontece—lo que es muy frecuente en el mundo—oir conversaciones gravemente contrarias á la primera virtud cristiana, seguid el consejo del Sabio: matadlas al nacer, ahogadlas en vuestro corazón, antes que echen raíces y sean causa de vuestra muerte espiritual. *¿Oíste alguna palabra contra tu prójimo? sepúltala en tu pecho, seguro de que no reventarás* ⁽¹⁾. Son esas conversaciones como progenie de víboras que han de estrellarse al punto contra la piedra de una conciencia inflexible; para que el alma se salve de su mordedura y continúe su camino. No admitais en vuestras casas, ni en vuestras reuniones, ni en la compañía de vuestros hijos, no ya á los detractores y murmuradores habituales y conocidos, pero menos aún á esos falsos místicos, hipócritas y solapados, que hacen de la devoción

(1) Audisti verbum adversus proximum tuum? Commoriatur in te, fidens quod non te disrumpet.—*Eccli.*, XIX, 10.

y de las conversaciones pías, y de la mirada gatzmoña, y de la voz afectadamente atenuada, otras tantas capas para tapar el caudal de envidia y de odio, de hiel y de veneno con que, entre protestas y suspiros, intentan denigrar la ajena reputación y desconceptuar ó rebajar la justa estima en que tenéis á vuestro prójimo. No queráis ser cómplices de tanta malignidad, ni los alentéis con vuestro silencio, menos aún con vuestra aprobación ó con vuestro aprecio: son ladrones de vuestra paz, destructores de la caridad, aborrecibles á Dios ⁽¹⁾, y deben ser aplastados, como viboreznos ponzoñosos, que muerden en el silencio. Y si os parecen duros los anteriores calificativos, creed en la gravedad de los motivos que los dictan, y en los frecuentes extragos causados á diario por la murmuración y la maledicencia.

Sed, finalmente, caritativos con los mismos que no tienen caridad; sabed callar, sobre todo ante esas personas cuya verbosidad se agota difícilmente, y mana sin cesar como un caño abundante; la paciencia y el silencio ante esos seres importunos es una prueba de tacto y de virtud, por lo cual se os aplicará esta bellísima sentencia

(1) Susurrones, detractores, Deo odibiles.—*Rom.* I, 30.—*Dominus detestatur...* eum qui seminat inter fratres discordiam.—*Prov.* XI, 16-19.

de los Libros Sagrados: *El granizo es precedido del relámpago; así la vergüenza es precedida de la gracia, y por la modestia serás bien quisto de todos* ⁽¹⁾.

Dos palabras aún, dos consejos, para cerrar esta Carta Pastoral, que sean como el perfume de nuestra mutua conversación, amados hijos nuestros. Si en vuestras relaciones y entretenimientos en medio de la sociedad podéis mezclar alguna palabra de cristiana edificación, sembrar alguna de las verdades eternas, hablar de nuestro Padre común que está en los cielos; si hallais oportunidad de hacerlo, naturalmente, sin afectación y sin echarla de predicadores, vivid seguros de que ganará muchísimo vuestra alma, vuestra reputación, y el donaire y gracia de vuestro trato. Nada que sea violento é importuno, nada que se preste á la presunción de una combinación previa; abrid solamente vuestro corazón lleno de piedad y de amor del prójimo, para que desborden esos sentimientos santos, divinos, en la seguridad de que penetrarán en el alma de vuestros interlocutores y allí arraigarán, como penetran en la tierra y hechan raíces los gérmenes sazonados que se des-

(1) Ante grandinem præibit coruscatio; et ante verecundiam præibit gratia, et pro reverentia accedet tibi bona gratia.—
Eccli., XXXII, 14.

prenden del árbol. Una sólo palabra, pronunciada así, como de pasada, prepara muchas veces la conversión de una alma y la lleva suavemente al camino de la virtud y de la perfección.

Si, por otra parte, notais al salir de las visitas ó de las conversaciones mundanas, que vuestro espíritu está fatigado, vuestra alma vacía, inquieto el corazón y el carácter enervado, recogeos sin tardanza al santuario de vuestro interior, orad en secreto, hablad con vosotros mismos, y hablad, sobre todo, con Dios. ¡Qué paz y qué provecho encontraréis en ese retrete del alma recogida en sí misma y derramada en la divina presencia! ¡Cómo se repondrán vuestras fuerzas corporales y espirituales! Es semejante retirada á manera de baño espiritual tomado después del calor del día. Tal es el consejo del sabio, que os dejo por conclusión: *Entrando en mi casa hallaré en ella mi reposo: porque ni su conversación tiene rastro de amargura, ni causa tedio su trato, sinó antes bien consuelo y alegría* ¹⁾.

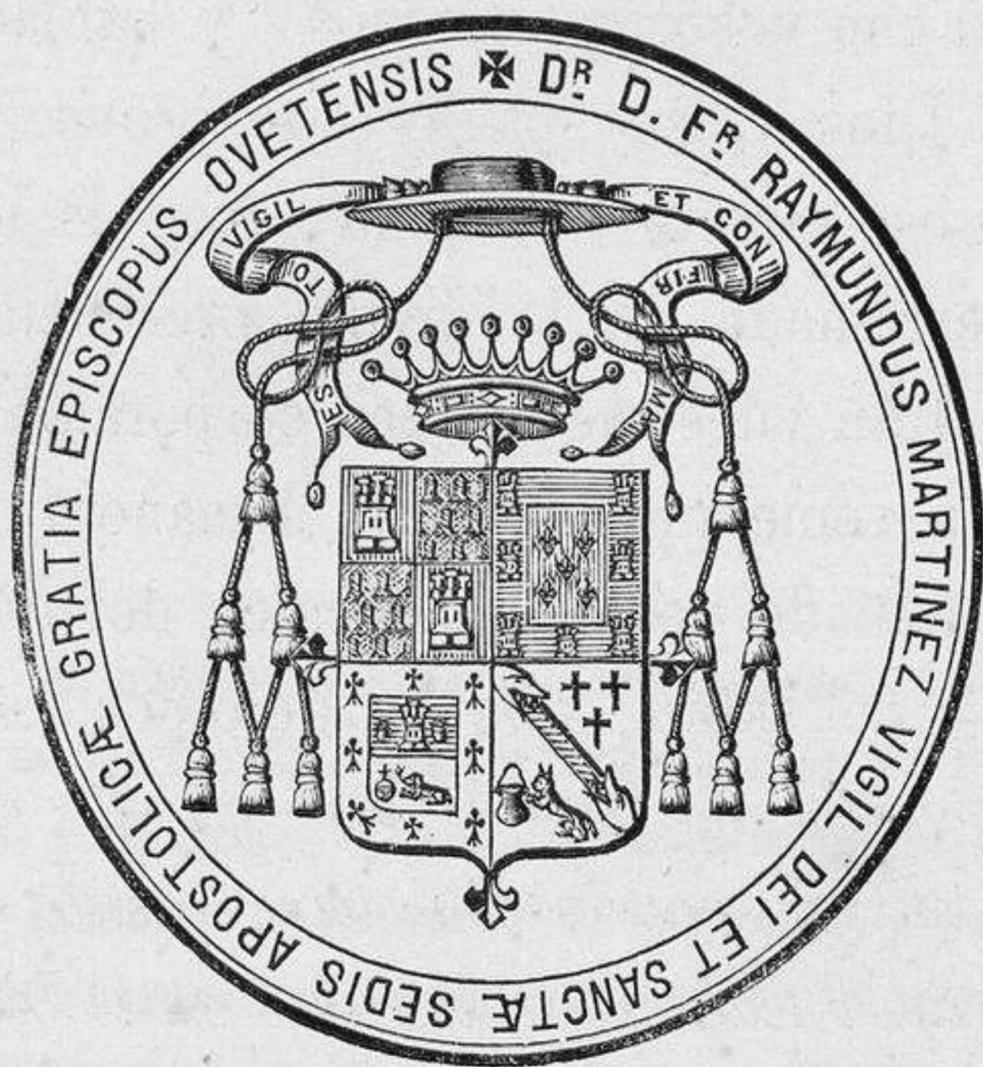
Deseándoos y pidiendo á Dios para todos vosotros, amados hijos nuestros, estos abundantes frutos de alegría interior, de paz y de santidad,

(1) Intrans in domum meam, conquiescam cum illa: non enim habet amaritudinem conversatio illius, nec tædium convictus illius, sed lætitiám et gaudium.—*Sapient.*, VIII, 15.

os bendecimos en el nombre † del Padre † y del Hijo † y del Espíritu Santo.—AMÉN.

Dado en nuestro Palacio Episcopal de Oviedo, sellado con nuestras armas y refrendado por nuestro Secretario de Cámara y Gobierno á 30 de Noviembre de 1895.

F. R., OBISPO DE OVIEDO.



Por mandado de S. E. Rúa.,
EL OBISPO MI SEÑOR,
DR. MANUEL SUÁREZ GARCÍA,
PRESBITERO-SECRETARIO.

Esta Pastoral se leerá en todas las iglesias de nuestra jurisdicción, en uno ó más días festivos, inmediatos á su recepción.

SUMARIO.

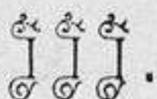


El bien y el mal parten de la lengua.—La lengua es el órgano exterior del alma para la comunicación de nuestros pensamientos y afecciones.—Vena de vida es la lengua del justo.—También es la lengua el intérprete de las malas pasiones.—Doctrina del apóstol Santiago acerca del uso de la lengua.—Objeto de esta instrucción: las bellezas de la buena lengua, los pecados que con la misma se cometen y las pasiones de donde proceden esos pecados.



La palabra es imagen del Verbo Hijo de Dios.—El Verbo de Dios y el verbo del hombre: eficacia de esta última palabra.— El verbo interior y el verbo exterior: semejanza del hombre con

Dios bajo ese doble aspecto.—Grandeza inmanente de la palabra humana apesar de los abusos del hombre.—La palabra es uno de los mayores encantos de la vida.—La piedad cristiana santifica el uso de la palabra.—Consuelos que la palabra proporciona al hombre, según la Santa Escritura.—La palabra de los santos.——¡Dichoso el que la encuentra!



El revés de la medalla: la palabra órgano del mal y de las malas pasiones. —En el mucho hablar no faltará pecado.—Ilusión de muchas almas.—Enseñanzas de los santos.—Primera causa de los pecados de la lengua: *el orgullo*.—Maniobras del orgulloso en las conversaciones.—Consejos de la fe para dominar el orgullo: saludables resultados de su aplicación.—Prudencia y discreción del varón pío.—En qué circunstancias puede hablar uno de sí mismo.



Segunda causa de los pecados de la lengua: *la envidia*.—También los hombres son envidiosos.—El objeto de la envidia: obsesión que causa al envidioso.—Nace la envidia del propio demérito y del mérito ajeno.—Conducta del envidioso ante el brillo del objeto envidiado: hipocresía de las censuras.—Falta de caridad: gravedad de este mal.—Resolución que ha de tomarse para curarlo.—La inspección de la lengua: higiene y moral.—Tercera causa de los pecados de la lengua: *el odio y la venganza*.—Cólera del vengativo: su lengua es navaja afilada.—Otras imágenes de la Sagrada Escritura sobre la lengua del vengativo.—Gravedad de todos estos pecados: son más graves que el hurto, y hacen al hombre enemigo de Dios.



Mezquino carácter de los detractores y murmuradores. — Su predilección por las conversaciones insanas revela un corazón dañado. — Habilidad para abultar los hechos. — Confidencias pecaminosas: envenenan al que las hace. — Cuarta causa de los pecados de la lengua: *la liviandad*. — Peligros de las palabras equívocas. — Vaciedad del hombre ligero. — La necedad sustituye al buen sentido. — La Escritura y los santos aconsejan la modestia en el hablar. — Carácter del hombre liviano y su patente falta de juicio. — Reserva de quien se aprovecha de la experiencia. — Herbor necio del fatuo.

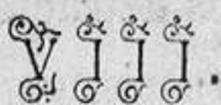


Incendios morales producidos por las malas lenguas. — La lengua insidiosa de un tercero y su ceguedad. — Obligación de restituir los bienes quitados con la mala lengua. — Inutilidad y sacrilegio de la confesión hecha sin ese requisito. — Las dificultades de la restitución han de pesarse antes; después deben vencerse. — Doctrina de los santos. — Medio para precaverse de las malas lenguas: no siempre es eficaz. — La discrección es más rara que la misma bondad.

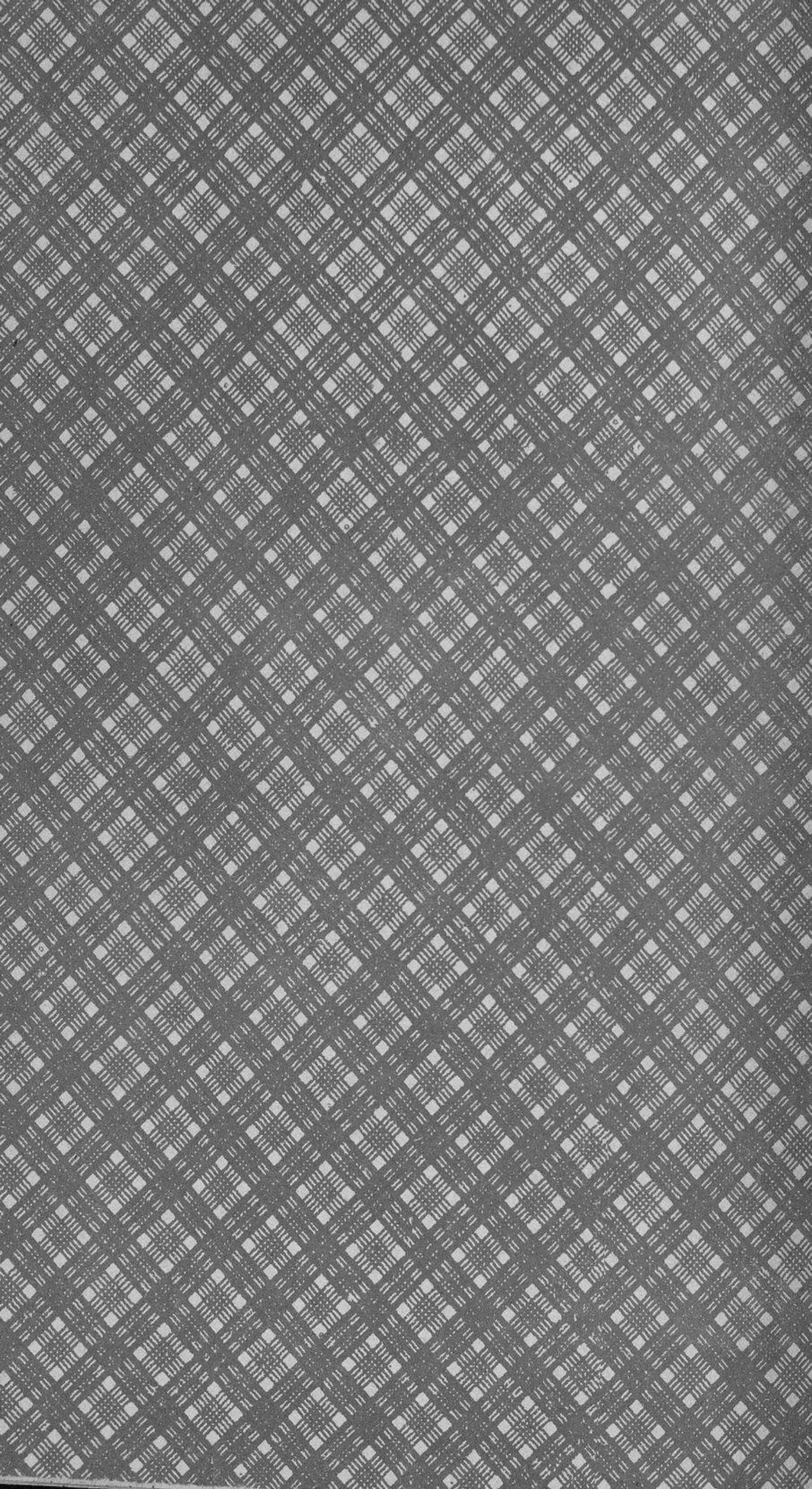


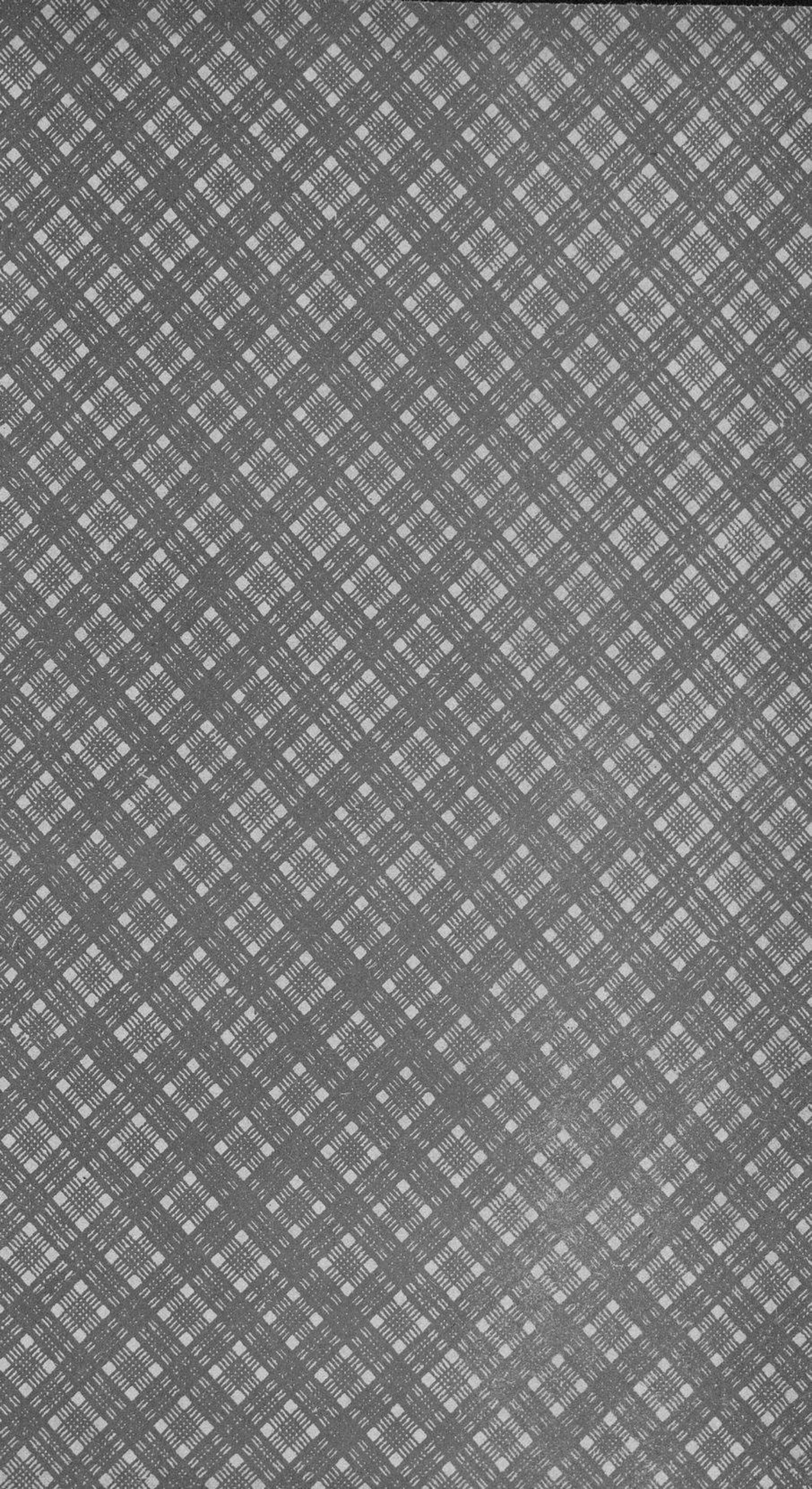
Consejos prácticos para disciplinar la lengua: la virtud y el silencio. — Primera regla: *la prudencia*. — Indole y supremacía de esta virtud moral. — Su consejo en las encontradas circunstancias

de la vida.—La diferente índole y la disposición de la persona á quien se habla.—La oportunidad en los consejos.—Las enfermedades de ánimo.



Las palabras ociosas.—Hablar para pasar el tiempo.—Valor y objeto del tiempo.—Las conversaciones femeninas: necesidad de elevar su nivel para bien de la familia y de la sociedad.—La frivolidad es más vituperable en el hombre.—Segunda regla: *los pensamientos saludables* han de sazonar la conversación.—Amenidad del trato y relaciones cristianas: la *eutropelia*.—Tercera regla: *la caridad*.—Caridad en el hablar, en el callar y en los gestos.—Caridad especialmente con los ausentes.—Obligación de apartarse de los detractores y murmuradores.—Caridad con estos últimos.—Consejo final: una palabra de cristiana edificación; un acto de recogimiento interior.







ASTURIAS

PASTORALES

430